



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

DEL CINE DE AYER AL DE HOY.

Aunque los hermanos Lumiere venían ofreciendo al mundo civilizado desde los últimos años de la pasada centuria los principios científicos del cinematógrafo, no puede discutirse que este invento que ha llegado a ser considerado como el séptimo arte, pertenece, igual que el automovilismo y la aviación, a este siglo.

Eran las películas cómicas de Salustiano y sobre todo, las de aquel gran actor francés que se llamó Max Linder las primeras cintas que recordamos haber visto proyectadas en una pantalla consistente en un pedazo de lienzo que necesitaba ser rociado con agua antes de comenzar la función y en la cual aparecía frecuentemente el siguiente letrero que interrumpía el desarrollo de la film: un minuto de intermedio para cambiar los carbonos.

Las producciones como es de suponerse no poseían largo metraje y el programa se dividía por tandas que tenían un aliciente. Quien sacaba para la segunda, veía parte de la primera, según vociferaba a la entrada del espectáculo el fornido portero, mientras el timbre con estridencia ininterrumpida excitaba los nervios de todos los vecinos de la barriada.

¡Qué tiempos aquellos en que un padre de familia, al llegar al domingo entregaba a su pequeño hijo con objeto de que disfrutara de la festividad del día, veinticinco centavos divididos en esta forma: un real para pagar la entrada del cine, otro real para una "media-noche" y los cinco quilos restantes, en prieta calderilla para un refresco!

Nosotros guardamos el recuerdo de aquellos primeros días del arte del celuloide, de los cinematógrafos "Norma" y "Turin" situados en la calle San Rafael, enfrente casi el uno del otro y en la esquina de Reina y Amistad, donde hoy se encuentra un concurrido establecimiento comercial, no hemos olvidado el cine "Orion".

En el ancho espacio de Animás y Prado, en que actualmente se explota como parqueo de automóviles, se inauguró el "Maxim" que más tarde cedió su puesto a un espectáculo pintoresco, consistente en un auténtico vagón de ferrocarril, en el cual tomaban asiento los espectadores y frente a ellos se proyectaban cintas de recorridos por distintos lugares para dar la impresión de que se iba de viaje. Posteriormente, se inauguró en esa misma esquina un aristocrático skating ring denominado "Black Cat". Después abrió sus puertas el "Prado" situado al lado del Centro de Dependientes y poco más tarde, el Fausto, con sus lunes aristocráticos amenizados por la orquesta de Vicentico Lanz.

Las películas francesas de la Casa Pathe; las

danesas de la "Nordik" y aquellas italianas que tenían por protagonistas a la eximia Francesca Bertini, la lindísima Pina Menichelli, a la Hesperia y a la Lydia Borelli, con un galán bastante maduro: Gustavo Serena, que hoy parecería el abuelo de Gregory Peck, hacían el gasto en aquella etapa inicial del cine en La Habana que había extendido su radio de acción a los barrios cercanos con el "Gris", en el Vedado; "Apolo", "Progreso" y más tarde "Tosca" en Jesús del Monte y "Esmeralda", "Alaska" y "Palatino" en el Cerro.

Surgió la primera conflagración mundial, conreñida en los primeros tiempos a guerra europea y ello dió al traste con la industria cinematográfica del Viejo Continente. Norte América vió en ella un filón preciado y empezó a fuerza de dólares la construcción de la deseada Meca: Hollywood.

Las primeras cintas americanas representaban emotivos pasajes de las luchas en el Far West y luego invadió el género episódico, que con tanto éxito había cultivado en la novela Luis de Val y Carolina Invernizzo. En La Habana fué demolido el viejo e histórico Albisu y el Centro Asturiano, propietario del lugar, construyó el moderno "Campoamor" que tras su inauguración por una temporada de zarzuela en la cual figuraba el gran bajo Paco Meana, fué adquirido por la "Universal" para la exhibición de sus grandes cintas a cuenta gotas. Al poco tiempo Grace Cunard, Francis Ford y Eddie Polo (Roleaux) acapararon por el momento con "La Moneda Rota" la popularidad del público cubano que después siguió admitiendo ese tipo de espectáculo en "Los Misterios de New York", protagonizado por Pearl White, "El As de Corazón" y otras similares.

Poco a poco fué puliéndose el aspecto artístico del cine yankee, que aunque permanecía mudo y sin colores, entusiasmaba a todos los espectadores. Se llevaron a la pantalla comedias y dramas teatrales, novelas famosas y Gloria Swanson, las hermanas Talmadge, Mae Murray, Vilma Banky, Theda Bhara, la Nazimova, Clara Bow y otras fueron las preferidas hasta la aparición de una sueca desgarrada y flaca llamada Greta Garbo, pero ¡qué clase de Greta Garbo!

En el sector masculino, ni Thomas Meighan ni los Barrymore, ni el apuesto John Gilbert llegaron a tener para las concurrencias el imán fascinador que alcanzó Rodolfo Valentino.

Y lo demás pertenece a la época moderna, de vitaphone y cinemascope, aunque debemos advertir que como avanzadas de esos grandes adelantos, tanto aquellos primitivos cines de barrios tuvieron sus cintas en colores —pintadas con pinceles— y su vitaphone, lograda detrás del telón con voces de actores y actrices mediocres y cocos secos para imitar las pisadas de los caballos.